

Mandala, 1984. 152,4 × 152,4 cm.

Después de laborar en forma sostenida durante más de cuarenta años, Alfredo Arreguín es, sin lugar a dudas, el pintor chicano más importante en la historia del Noroeste del Pacífico, y uno de los artistas plásticos de origen latinoamericano más prominentes en los Estados Unidos. Pero la importancia de su obra se extiende más allá de los estrechos límites que toda designación étnica o nacional inevitablemente entraña. El asombroso volumen y la exquisita calidad de su producción le tienen asegurado ya a este maestro un destacado lugar en la historia del arte.

Lauro H. Flores

Catedrático y Jefe del Departamento de Estudios Étnicos Americanos en la Universidad de Washington. Entre sus publicaciones destaca el libro *Alfredo Arreguín: Patterns of Dreams and Nature / Diseños, sueños y naturaleza*.



Meditación, 2014. 152,4 × 121,9 cm.

Alfredo Arreguín y Lauro Flores desean expresar su agradecimiento a la Subdirección General de Promoción de las Bellas Artes del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, al Museo de América en Madrid, y a todas las personas cuyo respaldo ha hecho posible esta exposición. En particular, al Dr. Anthony Geist, quien ha laborado incansablemente para organizar hasta los más mínimos detalles del proyecto, y a Gemma Rodríguez Berasategui, Directora del Museo Palacio del Conde Luna, quien ha hecho lo mismo desde otro lado del Atlántico. Este proyecto fue concebido inicialmente por el Dr. Antonio Sánchez en colaboración con el Dr. Geist hace ya varios años; también a él le extendemos nuestra gratitud.

Museo de América

Avenida Reyes Católicos 6, 28040 Madrid

Horario de apertura:

De martes a sábado de 9:30 a 15:00 h.

Jueves de 9:30 a 19:00 h.

Domingos de 10:00 a 15:00 h. Lunes cerrado

Entrada gratuita a la Sala de Exposiciones Temporales



alfredo arreguín

sueños y naturaleza



El Caballero Jaguar, 2001. 121,9 × 106,7 cm.

MUSEO DE AMÉRICA EXPOSICIÓN DEL 17 DE OCTUBRE AL 14 DE DICIEMBRE DE 2014

Alfredo Arreguín nació en Morelia, la ciudad capital del estado de Michoacán, México, el 20 de enero de 1935 y se formó como artista plástico en Seattle, Washington, en donde ha residido continuamente desde 1956. Durante las últimas cuatro décadas sus vibrantes y seductoras obras se han expuesto por todo el mundo, han sido objeto de los más elogiosos reconocimientos y han ido quedando recogidas en muchas y muy importantes colecciones públicas y privadas; entre ellas, la del *National Museum of American Art* y la de la *National Portrait Gallery*, ambas subdivisiones de la prestigiosa *Smithsonian Institution*.

Las tempranas impresiones de su infancia en México y sus polifacéticas experiencias posteriores, le han conferido a este artista una singular perspectiva del mundo y de la vida. Como es lógico, muchos de los exuberantes e intrincados elementos que le imprimen a sus obras un sello distintivo emanan de sus memorias de Michoacán, su hogar ancestral. Pero su vívida y mágica visión de la cultura mexicana y del paisaje natural de aquel país se entreteje y se funde oníricamente con ciertos motivos que Arreguín ha ido integrando en su expresión a partir de su contacto, directo o indirecto, y su fascinación con otras culturas. Hay que recordar, por ejemplo, sus visitas a Japón durante el período de su servicio militar en Corea (1959-60). Naturalmente, otros componentes de su plástica claramente manifiestan su posterior maduración en el Noroeste del Pacífico. En conjunto, pues, su obra se constituye y se despliega como un bello y armonioso puente que viene a vincular la totalidad de la experiencia humana, los sueños y las preocupaciones de una infinidad de individuos pertenecientes a una rica diversidad de culturas.

Sin haber formado parte de tal movimiento, Arreguín ha sido reconocido por algunos críticos e historiadores del arte como el primer pintor en dar expresión a la modalidad ulteriormente conocida en los Estados Unidos como pintura *pattern* ("pintura de diseños"). De hecho, su obra se desarrolló a partir de una temprana experimentación con diseños geométricos más o menos abstractos y frecuentemente basados en motivos y patrones primitivos provenientes, en general, de la cultura popular mexicana—azulejos, cerámica, sarapes y otros textiles, máscaras de raigambre indígena, símbolos precolombinos, etc.—y después fue integrando una mezcla más elaborada de diseños, elementos del mundo natural y del ámbito mágico, y la figura humana.

Así, su obra ha devenido una celebración de la esencia misma de la vida. Obviamente, *Mandala* es una obra que pertenece a la vertiente de los **diseños**.

Los cuadros más conocidos, y quizás más reconocibles, de Arreguín son los que integran la serie denominada **selvas**, los cuales celebran la exuberante vegetación, la flora y la fauna de los bosques pluviales de América: el mundo natural amenazado por el avance arrollador de la civilización y la constante intrusión de la modernidad. *Río Lobo Tasmano* y *Family Portrait* (Retrato de familia) son bellos ejemplos de esta línea.

Dicha preocupación del pintor se vincula orgánicamente con la que expresa tácitamente en algunas de sus pinturas enfocadas en el **Noroeste del Pacífico**—en el paisaje, principalmente, pero también en las especies animales, algunas de las cuales, como es el caso de ciertas variedades del salmón, por ejemplo, están en peligro de extinción debido a los efectos de la expansión urbana o a los de ciertos intereses comerciales. En este respecto, véase el cuadro *Meditación*. Por añadidura, el arte totémico de los indígenas de esta región también hace eco en *Sinners* (Pecadores).

El asunto se continúa de manera similar en otra serie de lienzos, los llamados **iconos**, con los que Arreguín rinde homenaje a una variedad de individuos—artistas prominentes, figuras históricas y activistas comprometidos con las causas sociales. Entre ellos encontramos preponderantemente representados a la pintora Frida Kahlo, el héroe revolucionario Emiliano Zapata, el dirigente sindical chicano César Chávez—*Triste Frida*, *Zapata's Messenger* (El mensajero de Zapata) y *Good Harvest* (Buena cosecha), respectivamente.

Por último, las **madonas**, representadas aquí por *Pachamama*, constituyen otro motivo, y otra serie, que le permite a Arreguín expresar sus inquietudes sociales, medioambientales y humanitarias, al mismo tiempo que despliega su espléndida técnica, su magistral empleo de la línea recta en combinación con la curva, y su incomparable uso del color. Si bien es cierto que estas imágenes, como muchos de los otros elementos a los que ya hemos aludido, vinculan al artista con su cultura materna, las madonas no constituyen representaciones devotas. Como el mismo Arreguín ha declarado, él las presenta "no con propósitos religiosos, sino para expresar, en un sentido espiritual, la necesidad de proteger el bosque pluvial".

Declaración del artista

Los elementos quizás más palpables en mis obras datan de la época de mi infancia. Cuando asistía a la escuela primaria en Morelia, Michoacán, solía garabatear en mis cuadernos, dibujando diseños inspirados por las artesanías que veía en los mercados locales. También me fascinaban los diseños de los azulejos en los pisos y las paredes de las casas y los edificios coloniales, y los elementos del arte barroco en las iglesias.

En esa misma época pasaba la mayor parte de mis ratos de ocio en los bosques que rodeaban la ciudad. Me imaginaba que era Tarzán y nadaba en los ríos, escalaba montañas y me columpiaba en las ramas de los árboles. Fue así como empecé a desarrollar un intenso amor por la Naturaleza—respeto que creció después con otras experiencias que tuve durante mi adolescencia en la selva de Guerrero, en la costa mexicana del Pacífico.

Posteriormente, mis pinturas han evolucionado a partir de una combinación de diseños y Naturaleza. En mis selvas, por ejemplo, aparecen muchos animales tropicales, como el jaguar, con manchas y otros diseños naturales que les sirven para camuflarse en su hábitat—lo cual me permite a mí “jugar a las escondidas” con el observador, por así decirlo. No es nada extraño que un espectador vuelva a ver alguna de mis obras por segunda o tercera vez y encuentre en ella elementos que no había visto antes.

Asimismo, las madonas que pinto no son símbolos religiosos, en el sentido tradicional, sino entidades protectoras de la Naturaleza. Mis imágenes de la pintora Frida Kahlo, por su parte, también representan el poder femenino que protege la flora y la fauna. Los diseños de su ropa me permiten fundirla con el follaje, haciéndola así aparecer a veces como un fantasma, como una fuerza que reside más allá del mundo material.

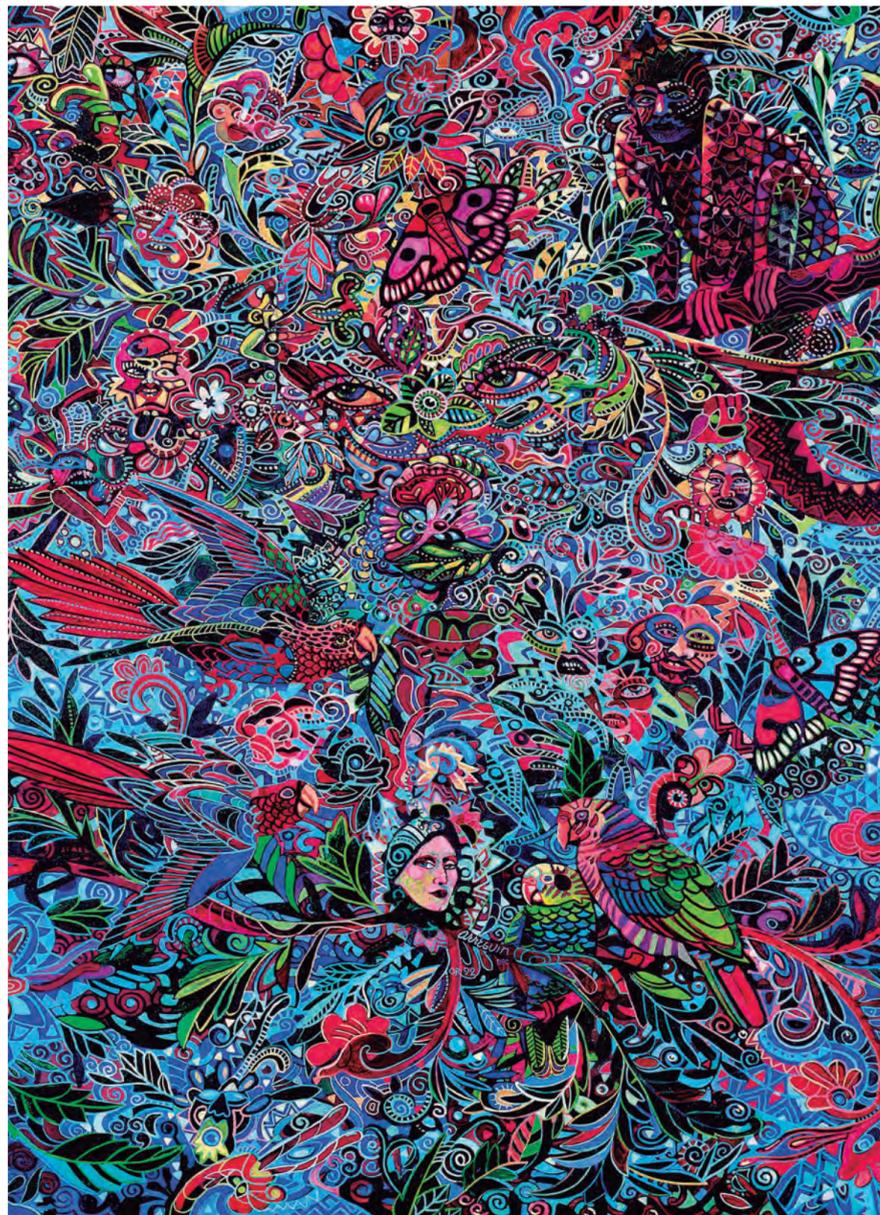
Otras influencias han llegado a mí en forma inconsciente. Hace algunos años, una delegación china de estudiosos del arte visitó mi estudio y los eruditos se quedaron asombrados al encontrar ciertos diseños florales tradicionales chinos en mis retratos de algunos héroes mexicanos y otra gente que admiro.

Como es lógico, el entorno del Noroeste del Pacífico, en donde he vivido desde hace ya casi sesenta años, también ha ejercido una fuerte influencia en mi expresión. En 1980, mi amiga Tess Gallagher, la famosa poeta, me presentó al legendario escritor Raymond

Carver. A Ray le apasionaba la pesca y tenía una particular predilección por el salmón, un animal muy importante en nuestra zona, a nivel simbólico y en otros sentidos; sobre todo en la cultura de los grupos indígenas de la región. En 1988, a Ray le diagnosticaron cáncer pulmonar y lo sometieron a un tratamiento de radiación. Un día, cuando lo recogí del hospital, se puso muy sentimental y me dijo: “¡Quisiera estar pescando!” Yo había planeado hacer un retrato de él en una selva, pero en aquel momento decidí pintarlo en el que fue mi primer cuadro con salmones. Después de eso he elaborado muchos más, integrando a veces los salmones con la imagen de la gran ola de Hokusai.

Me siento muy afortunado de que mis obras se hayan expuesto y se sigan exponiendo en distintos museos y otros importantes espacios públicos. El año pasado el Museo de Arte Contemporáneo de Morelia, mi ciudad natal, me honró con un homenaje que incluyó una muestra de mi trabajo en un hermoso palacio colonial del siglo XVII. Y ahora, la oportunidad de que mis lienzos se exhiban en España, incluyendo un palacio del siglo XIV, me hace creer que los sueños a veces pueden hacerse realidad. A mis 79 años, con un hombro dañado a causa de una caída, me queda todavía el entusiasmo y la energía creadora de un niño que se apasiona por descubrir milagros con cada nueva obra.

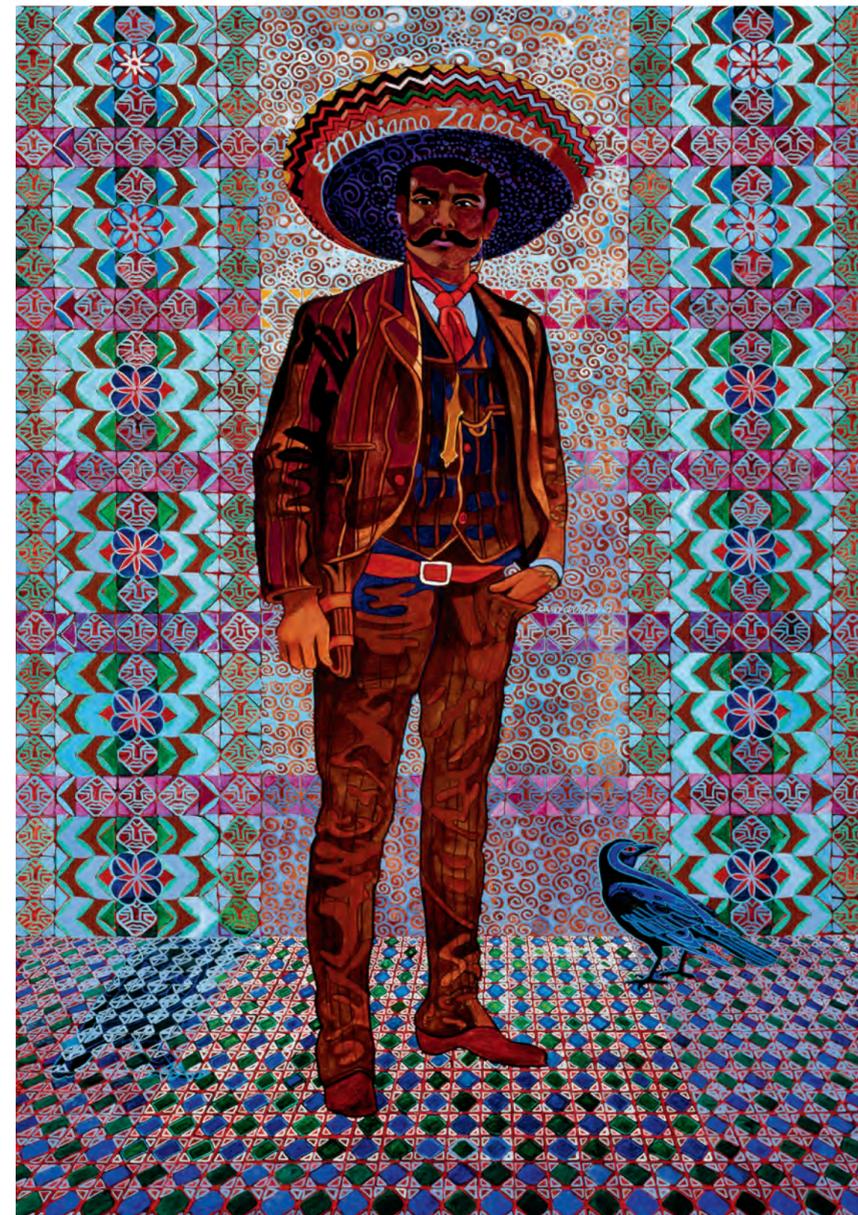
Alfredo Arreguín, junio de 2014



Retrato de familia, 1992. 152,4 x 121,9 cm.



Triste Frida, 2004. 121,9 x 76,2 cm.



El mensajero de Zapata, 2005. 152,4 x 121,9 cm.